



ESPERANÇA BIELSA y ANTONIO AGUILERA, *Benjamin y la traducción*, Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2024, 241 pp., ISBN: 978-84-126572-4-1.

En *Benjamin y la traducción*, Esperança Bielsa y Antonio Aguilera iluminan la senda filosófica de Walter Benjamin, un pensador que concibió el lenguaje no como un instrumento de transmisión, sino como un terreno de revelación espiritual. A lo largo del libro, la traducción se revela como una actividad con dimensiones filosóficas, culturales y hasta redentoras, un proceso que va más allá de la simple transferencia de significado entre lenguas. En contraste con las trayectorias intelectuales de contemporáneos como Heidegger y Wittgenstein, Benjamin encuentra en la traducción un espacio de creación y reconfiguración que no solo aspira a reproducir el original, sino a desenterrar su esencia más profunda.

La primera parte del libro nos devuelve, en una nueva y cuidada traducción a cargo de Fruela Fernández, a los textos fundamentales de Benjamin, donde su pensamiento sobre el lenguaje y la traducción emerge con una claridad sorprendente. Al principio, podría parecer que Benjamin se está moviendo en un terreno puramente metafísico cuando habla de la “esencia espiritual del lenguaje” en *Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje del hombre*. Sin embargo, en este ensayo encontramos una de las primeras pistas del objetivo de su trabajo sobre la traducción: Benjamin no concibe el lenguaje como un instrumento funcional para transmitir significado, sino como el eco de un lenguaje primordial, un vestigio de la voz de Dios, que se oculta tras la realidad.

En uno de los pasajes más bellos de esta primera parte del libro Benjamin escribe que “toda manifestación de la vida espiritual es una forma de lenguaje” y que “en la traducción, el traductor debe luchar por alcanzar el *lenguaje puro*, esa presencia inefable que se esconde tras las palabras, el significado que no puede ser pronunciado, pero que resuena en el silencio de cada frase”. Aquí, Benjamin parece sugerir que el traductor es, en realidad, un alquimista, alguien capaz de transformar el lenguaje ordinario en un metal precioso: una revelación del ser. Este fragmento no solo es filosóficamente poderoso, sino que también sugiere una comprensión poética del acto de traducir, que va mucho más allá de la transmisión de significado.

La traducción, para Benjamin, no es solo una práctica técnica, sino un acto que penetra el misterio del lenguaje. Cada manifestación de la vida espiritual es una forma de lenguaje y esto coloca a Benjamin en una posición que difiere profundamente de la de Heidegger, para quien el lenguaje es “la casa del ser”. Mientras Heidegger contempla el lenguaje como el ámbito donde el ser se revela o se oculta, Benjamin concibe el lenguaje como un espacio fragmentado, una ruina que, a través de la traducción, puede ofrecer un eco de algo más grande.

Aquí encontramos un contraste fascinante con el Ludwig Wittgenstein del *Tractatus Logico-Philosophicus*, para quien el lenguaje establece los límites del mundo, y todo aquello que no puede ser expresado debe ser silenciado. Benjamin, en cambio, sostiene que el silencio puede romperse: la traducción es el acto que intenta



capturar algo inefable, algo que se escapa en cada lengua individual, pero que puede ser revelado en el proceso de traducir de una lengua a otra. Wittgenstein traza fronteras para el lenguaje; Benjamin las desafía con la idea de que la traducción no reproduce simplemente las palabras, sino que busca algo más profundo, como si intentara tocar lo eterno desde lo fragmentado.

Es en *La tarea del traductor* donde Benjamin expone una de las ideas más revolucionarias y audaces sobre la traducción: la traición no es solo inevitable, sino necesaria. La fidelidad literal a las palabras del original, lejos de preservar su esencia, podría sofocar la verdad más profunda del texto. El traductor debe ser libre para traicionar el significado superficial si con ello consigue desvelar la verdad subyacente. Bielsa y Aguilera, siguiendo a Benjamin, insisten en que esta traición es un acto de creación. La traducción no es la mera replicación de un texto en otra lengua, sino una *re-creación*, un nuevo nacimiento del original que cobra vida a través de las posibilidades expresivas de la lengua meta. Benjamin escribe que “el sentido puro del texto se revela solo cuando el traductor lo ilumina desde la perspectiva de otra lengua”. Benjamin se distancia tanto de la ontología de Heidegger como del escepticismo lingüístico de Wittgenstein. Mientras Heidegger se preocupa por cómo el lenguaje puede velar o desvelar el ser y Wittgenstein se retira al silencio cuando las palabras fallan, Benjamin convierte el acto de traducir en una herramienta de redención. Cada traducción es una oportunidad de elevar el original a una nueva forma de existencia, algo que trasciende los límites de las palabras mismas.

La segunda parte de *Benjamin y la traducción* nos conduce a un terreno más amplio, conectando la teoría de la traducción con otros aspectos centrales del pensamiento del autor, especialmente su crítica de la modernidad. Bielsa y Aguilera hacen un análisis magistral del impacto de Baudelaire en la obra de Benjamin, destacando cómo el poeta parisino encapsula la experiencia moderna de la fragmentación, la alienación y el desarraigo. En un pasaje particularmente vívido, citan a Benjamin cuando escribe que “el traductor moderno es como el *flâneur* de Baudelaire, vagando por las calles del lenguaje, atrapando destellos de sentido, pero siempre consciente de que el original se le escapa entre las manos”.

Es aquí donde la traducción se convierte, en palabras de Benjamin, en una “lucha contra la imposibilidad”. Traducir es enfrentarse a la experiencia moderna del desarraigo, del continuo desplazamiento y, sin embargo, en ese mismo acto, el traductor está recreando una nueva versión del texto que permite vislumbrar una totalidad que el original ya no puede ofrecer. Este enfoque conecta la traducción con la *reproductibilidad técnica* que Benjamin analiza en su famoso ensayo sobre el arte en la era moderna. Así como la obra de arte reproducida genera nuevas formas de percepción, la traducción “reproduce” el original, generando nuevos significados y nuevas formas de entender el mundo.

Eilenberger, en *Tiempo de magos*, nos muestra a un Benjamin atrapado entre la marginalidad y el conflicto. Mientras Heidegger había alcanzado un estatus de estrella filosófica tras la publicación de *Ser y tiempo* y Wittgenstein era celebrado como un genio en Cambridge, Benjamin vivía en la sombra, luchando por obtener reconocimiento académico. Su situación vital no es solo anecdótica, sino que influye profundamente en su concepción de la traducción como un acto cultural y casi mesiánico. La traducción, en la visión de Benjamin, no es un medio para transferir conocimientos, sino un esfuerzo por reparar las fracturas del tiempo.

Mientras Heidegger exploraba el ser a través del lenguaje y Wittgenstein buscaba la pureza lógica en el mismo, Benjamin contemplaba el lenguaje como una herramienta para recomponer la historia fragmentada y ve en la traducción una forma de redención, una oportunidad para salvar las ruinas de la tradición cultural y

transportarlas a una nueva forma de vida. En lugar de recrear el original tal como fue, la traducción para Benjamin es una oportunidad para hacer algo nuevo: una nueva versión del pasado que tenga relevancia en el presente. Por ello, la traducción es tanto un acto de supervivencia cultural como una lucha contra el olvido.

En ese sentido, uno de los aspectos más profundos y poéticos del pensamiento de Benjamin es su convicción de que la traducción está ligada al concepto de redención y ve en la traducción una especie de acto mesiánico, una manera de resucitar un texto a través de otro lenguaje, dándole una nueva oportunidad de existir y ser comprendido. Para él, la traducción es un acto de memoria cultural, un intento de conectar el presente con el pasado a través de las palabras, sin dejar que el tiempo destruya lo que tiene valor.

Una vez más, sitúo el pensamiento de Benjamin en relación con sus coetáneos para ver cómo se distancia radicalmente del de Heidegger y Wittgenstein. La traducción es un acto de resistencia contra el silencio que Wittgenstein acepta y contra la alienación de la modernidad que Heidegger teme. En palabras de Benjamin, el traductor es como el *ángel de la historia*, mirando hacia atrás, viendo las ruinas del pasado y tratando de salvar lo que puede.

Siguiendo esta lógica, Bielsa y Aguilera dedican gran parte del libro a explorar la figura del traductor no solo como un mediador entre dos lenguas, sino como un productor cultural. Lejos de ser un simple transmisor de significados, el traductor es alguien que moldea el texto, lo transforma y lo recontextualiza. Aquí es donde la traducción se conecta con la reproducción técnica en la obra de Benjamin. Así como la reproducción de una obra de arte genera nuevas formas de percepción, la traducción también genera nuevas formas de ver y comprender un texto.

Benjamin escribe que “el traductor es, en última instancia, el productor de un nuevo objeto cultural”, una idea que Bielsa y Aguilera amplían para mostrar cómo la traducción tiene un poder transformador que va más allá de la transferencia lingüística.

En la tercera parte, los autores extienden el pensamiento de Benjamin hacia el presente, ofreciendo un análisis incisivo de cómo la traducción puede ser un acto de resistencia cultural. En un mundo donde las narrativas dominantes tienden a borrar o silenciar las voces disidentes, la traducción se presenta como un medio para preservar la memoria y desafiar el olvido. En este sentido, la traducción es, en palabras de Benjamin, “una lucha contra la muerte del significado”.

Bielsa y Aguilera presentan ejemplos contemporáneos en los que la traducción ha jugado un papel crucial en la preservación de la memoria histórica, especialmente en contextos de represión política. En este contexto, la traducción no solo es un medio de comunicación, sino un acto de justicia histórica, una forma de permitir que las voces de los vencidos se escuchen y se perpetúen en el tiempo.

Benjamin y la traducción no es solo un libro sobre la teoría de la traducción, sino una meditación profunda sobre el poder del lenguaje, el tiempo y la memoria. La traducción, como nos muestra Benjamin a través de sus textos y como demuestran Bielsa y Aguilera en este estudio, es un acto de transformación radical. Es una intervención en el tiempo, una lucha por preservar lo que de otro modo sería olvidado, pero también una apertura a nuevas posibilidades de sentido.

Quizás la lección más poderosa que este libro nos deja es que traducir no es simplemente una tarea técnica. Es un acto que nos permite participar en la creación de un futuro donde las lenguas y las culturas no se excluyen, sino que se complementan, donde el olvido no es el destino final del lenguaje, sino una puerta que puede ser abierta hacia nuevas revelaciones. En contraste con la ontología de Heidegger y el escepticismo de Wittgenstein, Benjamin encuentra en la traducción un

espacio para la creación, para la transformación y para la preservación de lo valioso en medio del caos. La traducción no es solo una cuestión técnica, sino una tarea filosófica que busca salvar lo que podría perderse y revelar lo que aún no ha sido dicho.

Ricardo Bonet